



# el duende

D.L. 5-3-63-10

ISSN 2219-0376

## *Insertar foto*

Nací enredada  
con las caderas atrofiadas  
con los huesos chiquitos

Crecí enredada  
esquivando fantasmas  
trepando árboles frutales

Dormí enredada  
entre sábanas azules  
sin almohadas ni edredones

Amé enredada  
apagando incendios  
conjugando verbos

Morí enredada

*Lucía Carvalho*  
(Bolivia)

Revista digital de cultura  
Año XXXVIII, Número 762,  
domingo 5 de abril de 2026

Lucía Carvalho  
26

Erasmus Zarzuela  
S/t  
Acuarela, 2026



## Balada del tiempo

Una lectura de *Aunque ya nada es lo mismo* (Madrid, Visor, 2026) el más reciente poemario de Eduardo Mitre

A sus poco más de ochenta años, el poeta boliviano Eduardo Mitre (Oruro, 1943) ha publicado un libro que, ahondando en las constantes temáticas y estilísticas de *El paraguas de Manhattan* (2004) o *A cántaros* (2021) -cuya lectura repica aún la memoria, se abre sin reservas a las tensiones del presente: aquí están los años pandémicos, la guerra de Ucrania, el genocidio en Gaza, el drama de las pateras, la presidencia de Trump, etc., toda esa urdimbre de dolor e incertidumbre que parece estar anunciando un nuevo tiempo sobre el telón de fondo presuntamente normal del ahora.

El tono y el aspecto de estos poemas son los de siempre: versos y estrofas generalmente breves, pocas imágenes -o muy simples-, cordialidad y llaneza, el don para recrear a paso ligero y sin aspavientos los acontecimientos vitales: “El descenso al andén donde aguarda / una hilera de rostros embozados / como la continuación de un mal sueño”. Siguen muy presentes los recuerdos y los

viajes de juventud, los encuentros con figuras fantasmales, las viñetas de su vida cotidiana como profesor en Nueva York... Pero todo se ha ensombrecido: “así, poco a poco, / me voy quedando solo / frente a u horizonte en blanco, // mientras el negro permanece de pie, rodeándome / inmóvil y silencioso”.

Como todo, en poemas como “El arce” (“arriba, por entre sus ramas, / un cielo azul Titicaca”) o “Las tijeras” el asombro por la belleza y la variedad del mundo permanece invariable. Hay también ecos de un pasado amoroso que irrumpen con un erotismo urgente, irreprímible. La vida insiste y Mitre sabe abrirla la puerta y sentarla ante su escritorio. Frente al “Mural de la desesperanza” se alzan también “el parque” y “la rotunda belleza de sus árboles”. La ligereza de estas páginas es engañosa y esconde una profunda sabiduría, la de alguien que solo lleva consigo lo esencial.

Jordi Doce

## Antropologías itinerantes

# ¿Turismo sostenible o sostenibilidad de la vida?

Desde fines del siglo XX, la noción de sostenibilidad se ha convertido en un eje central del discurso turístico global. Al mismo tiempo que organismos internacionales, responsables del capital transnacional y Estados la presentan como la solución ineludible para compatibilizar crecimiento económico, conservación ambiental y bienestar social.

La certidumbre de esta posibilidad es casi generalizada, transita desde las ideas de Elon Musk hasta las del actual ministro de la Presidencia, José Luis Lupo y todos los personeros del gobierno de Rodrigo Paz, pasando por ciudadanos con mucho menor poder que los anteriores. Sin embargo, vista desde una crítica al desarrollo y a la modernidad, la categoría sostenibilidad aparece menos como una alternativa real y más como una estrategia de re-legitimación del mismo modelo que ha producido la crisis ecológica y social, nos referimos al proyecto de la Modernidad.

Tampoco hay que olvidar que el turismo moderno nace y se expande como parte del proyecto desarrollista moderno. Se funda en la mercantilización del territorio, la cultura y la experiencia, transformando paisajes, prácticas sociales y memorias en recursos consumibles. En este marco, la sostenibilidad suele reducirse a un conjunto de indicadores técnicos —huella ecológica, capacidad de carga, certificaciones verdes— que no cuestionan la lógica de fondo: la expansión constante del mercado turístico y la subordinación de la vida local a sus demandas.

Desde una comprensión crítica, el problema central no es la falta de sostenibilidad del turismo, sino la idea misma de desarrollo que lo sustenta. El discurso sostenible parte del supuesto de que es posible seguir creciendo indefinidamente, siempre que se gestione mejor el impacto. Esta racionalidad ignora que los territorios no son espacios vacíos ni los ecosistemas simples escena-

rios, sino tramas vivas donde se articulan relaciones sociales, espirituales y políticas. Al convertirlos en “destinos”, el turismo moderno despoja a los lugares de su densidad histórica y relacional.

En muchos contextos —andinos, amazónicos, chaqueños— urbanos y rurales, el turismo sostenible se presenta como una oportunidad de inclusión económica para comunidades consideradas “atrasadas”. Sin embargo, con frecuencia implica la reconfiguración de las formas de vida locales para ajustarlas a las expectativas del visitante. Rituales, fiestas y prácticas cotidianas son reorganizadas en función del consumo turístico, produciendo procesos de folklorización de la cultura que, lejos de fortalecer la vida comunitaria, la subordina a una lógica externa.

La crítica a la modernidad permite, entonces, replantear la sostenibilidad no como un problema técnico, sino como un problema político y civilizatorio. Sostener la vida no es lo mismo que sostener el mercado. La verdadera pregunta no es cómo hacer un turismo menos dañino, sino qué tipo de vida se quiere sostener y para quién. En este sentido, muchas prácticas comunitarias de cuidado del territorio, de reciprocidad y de uso no extractivo de los bienes comunes ofrecen horizontes alternativos que no encajan fácilmente en los esquemas del turismo sostenible institucionalizado.

Pensar la sostenibilidad desde fuera del paradigma del desarrollo implica desplazar el foco del crecimiento hacia la reproducción de la vida. Supone reconocer los límites ecológicos, pero también los límites culturales y políticos de un modelo que convierte todo en recurso. Solo desde esta ruptura es posible imaginar formas de movilidad, encuentro y hospitalidad que no se funden en la explotación, sino en la coexistencia y el respeto por los territorios como espacios de vida, no como mercancías.

el duende  
director: benjamín chávez  
director honorario: luis urquieta molleda (†)  
consejo editor: edwin guzmán o.  
patricia urquieta c.  
erasmo zarzuela  
martín zelaya s.  
coordinación: julia garcía o.  
duendeoruro@gmail.com

el duende no comparte necesariamente las opiniones de sus colaboradores.

www.elduendeorurocultural.com



# Gabriel René-Moreno: de la propuesta a la obra publicada

*Acerca de la reciente publicación de la “Obra Completa” de Gabriel René-Moreno*  
Alfredo Ballerstaedt G.

Recogí el guante que lanzó Gilberto Rueda Esquivel en su artículo “Cátedra René Moreno”, publicado en *El Deber* el 31 de mayo de 2024. Decía algo simple, pero incómodo: Gabriel René-Moreno, pese a ser uno de los mayores referentes de las letras bolivianas, seguía siendo poco conocido en el ámbito universitario cruceño. En ese momento pareció claro que no bastaba con compartir el diagnóstico; había que asumir sus consecuencias.

Si en Bolivia existe algún consenso, es este: Gabriel René-Moreno es el más grande escritor e historiador boliviano del siglo XIX. Lo escribió José Luis Roca: “posiblemente no superado hasta hoy”. Y quizá lo importante es que esa valoración cruza generaciones y sensibilidades muy distintas. René Zavaleta, Alcides Arguedas, René Arze, Gunnar Mendoza, Josep M. Barnadas, Hernando Sanabria y Luis H. Antezana –por mencionar solo algunos– tienen algo en común: su devoción por la obra del polígrafo cruceño, calificativo tan caro en la tradición de los estudios sobre René-Moreno y hoy algo venido a menos. No servía ese arrobamiento de panteón –que el propio René-Moreno habría llamado “fúnebre”– ni la liturgia del homenaje oficial. Si de verdad se quería salir del discurso vacío y de una admiración que no produce nada, había que ir a lo esencial: leerlo. Y, para leerlo, había que hacer lo que es obvio hacer: publicar su obra.

Con ese propósito, Plural editores –que por entonces había abierto una dirección editorial en Santa Cruz– creó la Biblioteca Gabriel René-Moreno dentro de su colección *Orientalia*, pensada para reunir la producción intelectual del Oriente boliviano. El objetivo era claro y, al mismo tiempo, ambicioso: editar la obra completa de René-Moreno. No era, por supuesto, una idea nueva. Ya en 1933, Carlos Medinaceli, uno de sus grandes admiradores, había insistido en por lo menos dos artículos: “Don Gabriel René-Moreno y su centenario” y “La edición de las Obras completas de René-Moreno”. Es más: incluso el Congreso boliviano, en ley del 9.12.1933, dispuso publicar las *Páginas escogidas* de René-Moreno, proyecto que nunca llegó a concretarse, seguramente por la furibunda oposición del entonces diputado Franz Tamayo. La deuda, pues, venía de lejos.

La empresa no era sencilla. Ante todo, por la propia magnitud de la obra de René-Moreno: vasta, dispersa y exigente.

Pero también por todo lo que significó sacarla adelante: reunir los textos, buscar en archivos –públicos y privados– y repositorios, transcribir, cotejar, corregir, editar, diseñar... Un trabajo paciente, casi artesanal, que fue tomando forma poco a poco. A eso se sumaba el desafío de conseguir recursos financieros en una escala infrecuente para el medio editorial boliviano. Desde el inicio quedó claro que no era un proyecto cualquiera, sino algo mucho más grande: una verdadera cruzada cultural.

La idea era ambiciosa desde el inicio: reunir las crónicas y ensayos de René-Moreno en siete tomos impresos –más de 4.000 páginas– y, al mismo tiempo, ofrecer al público, a través de un sitio web, la edición en facsímil de sus repertorios bibliográficos y colecciones documentales, que alcanzan los 12 volúmenes. Estos materiales –verdaderamente colosales, y que sitúan a René-Moreno en la cima del trabajo bibliográfico en América Latina– no pudieron incluirse en la edición impresa por razones estrictamente financieras. Aun así, la posibilidad de publicar el universo completo de la obra quedaba abierta.

Asimismo, se anunciaba la conformación de un comité de asesores integrado por especialistas en la obra de René-Moreno, y la posibilidad de enriquecer ese programa con la reedición de trabajos fundamentales de algunos de sus mejores lectores. Si a todo eso se sumaba la reapertura de la “Cátedra René-Moreno”, parecía legítimo preguntarse si podía pensarse un mejor homenaje para el Bicentenario. Entonces respondí que no. Hoy, esa propuesta ha dejado de ser una declaración de voluntad.

La *Obra completa de Gabriel René-Moreno* ha sido finalmente publicada. Más allá de los siete tomos impresos y de los volúmenes digitales que hoy circulan, lo que realmente vale la pena recordar es el camino recorrido. Porque lo esencial no está solo en los libros como objetos, sino en la energía –intelectual y también financiera– que hizo posible convertir aquella apuesta en un hecho cultural.

Todo comenzó, en efecto, con una nota que publiqué en *El Deber* el 5 de junio de 2024, en respuesta al artículo de Gilberto Rueda Esquivel. En ese momento no había más que una convicción: René-Moreno no podía seguir siendo una pieza de museo ni un autor confinado a los anaqueles de los especialistas. Su pensamiento debía volver a circular como interlocutor en la conversación

intelectual de nuestro tiempo. Hoy los libros existen. Pero lo más importante no es eso, sino el trabajo que permitió que esos textos vuelvan, después de mucho tiempo, a ser habitados por el lector.

Pero publicar no es simplemente imprimir. La suma de voluntades que hizo posible esta empresa estuvo liderada por Plural editores, el verdadero motor del proyecto. El compromiso del Museo de Historia de la Universidad Autónoma Gabriel René Moreno, con el impulso de su directora, Paula Peña, y el respaldo financiero de la CRE fueron condiciones indispensables. Se trató, además, de un trabajo articulado entre Santa Cruz y La Paz. Pero el peso real de la obra recayó en la conducción editorial. Bajo la dirección de José Antonio Quiroga, y junto a mi socio editor, Mauricio Souza –uno de los mayores especialistas en René-Moreno en Bolivia–, el proyecto tomó forma definitiva dentro de la colección *Orientalia*, a través de la Biblioteca Gabriel René-Moreno. Ese marco aseguró que hubiera unidad de criterio y rigor en una edición crítica de esta magnitud. Conviene decirlo sin más: sin recursos, el proyecto habría sido imposible; sin trabajo editorial, habría sido irrelevante.

Hay una diferencia marcada entre una compilación y una edición crítica. Habría sido posible reunir los textos y reproducido facsímiles. El resultado habría sido respetable, pero opaco. René-Moreno es un escritor denso; escribe para un lector de su tiempo: cita de memoria, menciona a figuras hoy olvidadas y participa en debates que

requieren, si no explicación, al menos contexto. Leerlo hoy, sin ese acompañamiento, es un desafío mayor.

Ahí es donde el trabajo editorial marcó la diferencia: más de 4.000 páginas revisadas con paciencia, línea por línea; la comparación de versiones antiguas para corregir errores que venían arrastrándose, y la verificación cuidadosa de fechas, nombres y atribuciones. La edición suma más de 1.600 notas al pie, no como un alarde erudito, sino para facilitar su lectura hoy. Y, además, hubo un trabajo de archivo que permitió reunir cerca de sesenta cartas, varias de ellas inéditas, y rescatar textos que no figuraban en bibliografías previas.

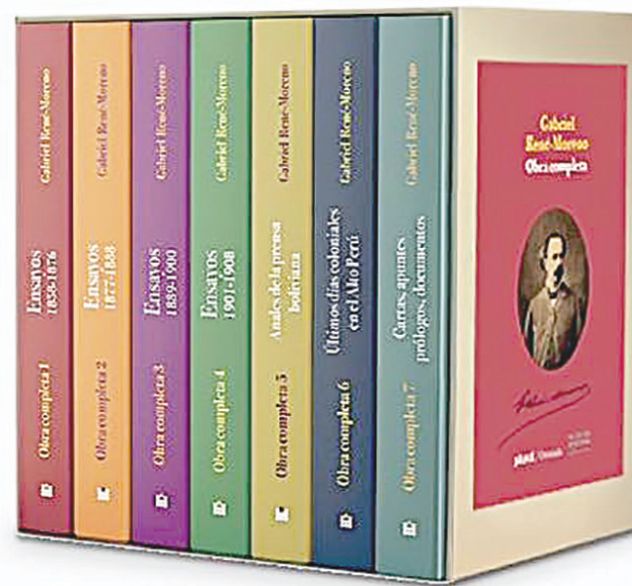
Todo esto descansa en una arquitectura editorial pensada para que el lector avance sin caídas: revisiones cuidadosas, una diagramación que acompaña la lectura y una organización que permite recorrer la obra como un conjunto.

De algún modo, este trabajo prolonga el gesto intelectual de René-Moreno: ordenar para hacer visibles las conexiones. Ese fue, desde el inicio, el propósito: no levantar un monumento, sino devolver los textos al espacio público.

Porque los libros no viven por su sola presencia material. Viven cuando pueden ser leídos, comprendidos, discutidos, incluso cuestionados.

La obra ya está publicada.

Ahora toca leerla.



# El cuerpo, la muerte y lo bello, una nueva lectura de Camargo realizada por Luis Moya Salguero

Vilma Tapia Anaya



Presentación de "Ausencia de sí" en Cochabamba. De izquierda a derecha: Fernando Prada, Alba María Paz Soldán, Luis Moya Salguero y Vilma Tapia Anaya.

Luis Moya Salguero es, sin duda, uno de los profesores e intelectuales bolivianos que se destaca de manera especial por la formación multidisciplinaria que tiene. Sin tomar en cuenta su carácter de compositor, veremos cómo, desde el psicoanálisis y la literatura, *Ausencia de sí* nos ofrece una lúcida y renovada lectura de la poética de Edmundo Camargo.

La presencia de Edmundo Camargo en el corpus de la poética boliviana se distingue de manera especial, no solo por la materia de su poesía, sino también porque esta ha interpelado a más de un lector. Se verá en el capítulo primero de este ensayo, que Moya siguió con rigurosidad investigativa y generosa atención las huellas de quienes se ocuparon antes de la obra de Camargo. Como Alba María Paz Soldán comenta en el prólogo del libro, entre todas las investigaciones a su disposición, Moya entabla un diálogo particular con los trabajos de Fernando Prada, aquí presente, autor de dos de los ensayos más adelantados y propositivos sobre la obra de Camargo. Considerando la experiencia extrema que marcó al poeta, es la pregunta por la muerte la que pensaríamos se impone en la lectura de su obra. Sin embargo, es precisamente a esa pregunta a la que Luis Moya reubica y la sitúa en, cito: "un modelo de análisis topo-

lógico comparativo del deseo... en torno al cuerpo, la muerte y la acción estética o visión de lo bello" (p.18).

El análisis topológico nos permite ver las intertextualidades, las recurrencias, la ubicación que se le da a cada palabra en el poema, además de recurrir para su interpretación a conexiones entre campos disciplinarios y, por tanto, semánticos distintos. Es la heterogeneidad del discurso literario la que conduce la lectura. En ese sentido, acordamos de inmediato con él en que, tal como el psicoanálisis puede llegar a ser una poética, el poema tiene la potencia de reformar y dar un sentido nuevo a la experiencia. Precisamente el lenguaje poético, metafórico, tiene la posibilidad de atravesar identidades y vivencias para situarlas en otro lugar. El lenguaje poético revierte la experiencia y la desplaza a una dimensión nueva, fundante.

No obstante su juventud o, quizá, justamente gracias a ella, Camargo mira el mundo y al mirarlo la tierra aparece como una presencia primordial, es en su poética sustrato de vida y, en el devenir de los acontecimientos, nicho prometido. Buen nicho.

Junto a Luis Moya y a todos ustedes quiero recordar que Camargo empezó a escribir muy temprano, probablemente antes de su primera crisis aguda de enfermedad. En 1951, cuando tenía 15 años, en la revista *Palestra* del Colegio La Salle se publicó su poema "Otoño" (2002:147), nos asombra porque se evidencia la relación que el poeta tuvo con la palabra, y, consecuentemente, con una concepción

del mundo y del mismo lenguaje. Cito unos versos del poema: "Otoño pleno de sabias consejas, / platicaremos un año tras otro año / de la luz y el trigo, sugerencias viejas"... Vemos que el fenómeno del lenguaje humano, sus recurrencias y potencia son ya un tema de reflexión y escritura para Camargo, subrayo: "sabias consejas", sabias fábulas, es decir, sabiduría de la gente, sabiduría que entre todos es dicha; subrayo: "platicaremos repetitivamente de la luz y el trigo, sugerencias viejas". Asombra la lucidez concentrada en estos versos: Camargo nombra a la luz y al trigo, como cosas que están en el mundo, cosas que, por su esencia, nos interpelan, nos impulsan a hablar sobre ellas, pero aun más: en el poema la luz y el trigo son sugereencia, es decir que ellas mismas son insinuación.

La experiencia de vida del joven poeta deriva permanentemente en el encuentro con su palabra, poética, metafórica, singular. En la cronología elaborada por Eduardo Mitre, hay constancia de la publicación de más de un poema de Camargo antes de su viaje a Europa. En el poema "Latitud de vida agraria", que se adelanta a la insurgencia de abril de 1952, leemos: "La morena montaña se ha vestido de novia / sinfoniza la fronda su alado abecedario [...] el cosmos del silencio / se partirá en pututus / zurciendo en la montaña girones de alegría" (ibidem: 155). Gracias a las conversaciones que sostuve con *Ausencia de sí*, pienso que la vocación poética de Edmundo Camargo es anterior a la enfermedad, Mitre la llama "genio poético precoz". Es en el flujo de esa potencia espiritual, lingüística, donde suceden las experiencias circunstanciales: No puede principiar sus estudios en París, pues en el examen médico de rigor se detecta una grave afección en sus pulmones, lo internan en el sanatorio para estudiantes, aparece el amor, contrae matrimonio, nacen los hijos y, paralelamente, tiene conocimiento de su enfermedad y del peligro de muerte que esta trae, cito una líneas del poema "Salutación": "Si [...] camináramos con epidermis ronca hacia la muerte: enmohecida de tisis cantáramos la voz y el hombre, aquel restituído que olvidamos [...] Horrible es esta fuerza vidente,... donde la miseria nos arranca las pleuras" (ibidem:17).

El poema en Camargo, como tan bien ha visto Luis Moya, revierte su sentido y es, cito: "la subjetivación de la propia extinción y de la vivencia de la ausencia de sí mismo" (2025:128). Camargo, afirma Moya, deja que el poema discurra "sobre la fecundidad de esta multiplicación de sentidos" (129), aquí es necesario leer unas líneas más de "Población subterránea", el poema que Moya está analizando (ibidem:121): "Que el agua me retoñe como pólvora continua, / se me sellen los ojos como a una carta vieja de leerla / entonces: una lápida de otoño sobre el árbol / y un gusano de tiempo arañando mi médula."

Es así cómo un lenguaje propio, de amplias y singulares posibilidades de pensamiento y de comprensión de la condición humana, más la intensa contemplación poética que distinguieron a Camargo desde su adolescencia, se agudizan en la experiencia de la enfermedad y de la muerte inminente. La atención puesta en la naturaleza y en el mismo lenguaje como fenómeno humano es evidente en los poemas publicados entre 1951 y 1956 y, a mi parecer, toman distinto aliento después del diagnóstico médico dado en París.

Siendo el lenguaje la más alta posibilidad humana que, como Walter Benjamin afirma, está encaminada a la "comunicación de contenidos espirituales" (1986: 139), hoy, en esta ocasión, atendiendo la propuesta que Luis Moya nos hace, me pregunto de qué contenido espiritual es el ser lingüístico la expresión inmediata. El ser espiritual de seres y cosas se comunica en la lengua. Las cosas se comunican con el hombre, nos lo recuerda Benjamin (ibidem:141), verdad que se revela de amplia manera en el arte.

Leo unas líneas del poema que Camargo dedica a su madre, publicado en 1953, en esencia dice: "Tú me diste esta rueda de ternura / cuando el alma titila como estrella. [...] Madre: / El canto siempre dulce / cuando lo dicen tus labios / y es un follaje nuevo la sonrisa plena. [...] De ti aprendimos todo lo bello: / la estructura del cuento / o el fruto del consejo [...]", pienso en la madre de Camargo y en el entorno familiar que pudo haber nutrido la primera tensión/relación que el poeta tuvo con el canto, el cuento y el consejo. Recién en esta ocasión, gracias a las reflexio-

nes y al método con el que Luis Moya ha leído a Camargo, investigo más. En un artículo sin firma del periódico *Opinión*, fechado el año 2013, encuentro un homenaje al padre de Camargo, médico cirujano, que, cito: "tuvo actuación heroica en Alihuatá cuando cercado su Regimiento por tropas envolventes paraguayas logró salir y salvar a innumerable tropa" (*Opinión*, 2 de diciembre de 2013), el artículo resalta la vocación de servicio, la humildad del médico y el infinito dolor que le provocó la muerte de su primogénito. Vienen a mi mente palabras que configuran la poética de Camargo: arteria, pleura, córnea, saliva, deglución, cráneo...

Esta información sobre el padre, me trajo a la memoria a Hilarión Camargo, hermano del poeta, reconocido artista de teatro e inspirado titiritero. Por otra parte, todos aquí conocemos a la poeta boliviana Janina Camacho Camargo, sobrina en primer grado de Edmundo Camargo. Relaciones que destaco para pensar el lenguaje, su consistencia como elemento primario y constitutivo de la experiencia humana, pero también como construcción singular consubstanciada con la estructura y el tiempo de cada quien. Es así cómo aún intento seguir a Luis Moya en este desciframiento de las capas constituyentes del deseo, en las configuraciones semánticas y en las concentraciones de sentido que ha encontrado en los poemas. En ese sentido me pregunté cuál es la sustancia primera de lo que nos está invitando a atender Luis Moya en la poética de Camargo, qué relaciones de inicio, constituyentes tuvo Camargo con las palabras, con el paisaje, con los otros y con su asombrosa propia inteligencia. Reviso las palabras que asistirían al poeta en la experiencia de la enfermedad y de la sentencia de muerte; me admira y me conmueve la consubstanciación de sus huesos y de su carne con la tierra de su tierra lograda en el poema.

#### Bibliografía

Walter Benjamin, *Sobre el programa de la filosofía futura y otros ensayos*, Ed. Planeta-Agostini, Barcelona, 1986.  
Edmundo Camargo, *Obras completas*, Estudio introductorio de Eduardo Mitre, Ed. Nuevo Milenio, Cochabamba, 2002.  
Luis Moya, *Ausencia de sí*, Plural editores, La Paz, 2025.  
s/a, Dr. Hilarión Camargo Lanza, Periódico *Opinión*, 2 de diciembre, 2013.

# La vitalidad de la muerte en la poesía de Edmundo Camargo: a propósito del libro *Ausencia de sí* de Luis Moya

Débora Zamora Alcázar

Para hablar sobre el libro de Luis Moya, *Ausencia de sí. Topología del deseo en la acción estética de la poesía de Edmundo Camargo*, habría que comenzar por decir que se trata de una lectura compleja. El autor ha decidido construir una máquina teórica para leer sobre la base de un sólido conocimiento del psicoanálisis, desde donde quiere avanzar hacia un estudio más profundo de la poesía de Edmundo Camargo. Sin embargo, mi intención no es describir lo que los lectores ya encontrarán, sino contar aquello en lo que este libro me ha hecho pensar y cómo me ha acercado a la poesía de Camargo.

Mientras leía el libro de Moya e iba descubriendo las interpretaciones y las conclusiones a las que llegaba, cada vez se hacía más clara en mi mente la imagen de la decimotercera carta del tarot, La Muerte. En esta carta aparece la imagen de un esqueleto, cuyos huesos no son grises, sino rosados o color crema, con una guadaña de mango amarillo y cuchilla roja, como símbolo de sangre y de fuego. Lo importante en esta carta es, como diría Juan Eduardo Cirlot en su *Diccionario de símbolos*, que todo tiende a la ambivalencia. Este esqueleto camina sobre la tierra de la que, sin embargo, nacen plantas verdes y, de hecho, parece estar sembrada de restos humanos. Las manos que sobresalen de esta tierra parecen, a su vez, estar dispuestas a la acción y las dos cabezas que figuran debajo de la cuchilla de la guadaña no han perdido las expresiones de sus rostros y es como si continuaran vivas; una de ellas incluso lleva una corona, símbolo de la inteligencia y el poder que no se pierden al morir. La muerte camina sobre la tierra, pero todo lo que está debajo de ella es completamente vital.

Esta carta expresa la fatalidad ineluctable de aquello que debe acabar porque está sujeto al tiempo y, por tanto, a una duración, pero no conlleva un fin definitivo. En este arcano, la muerte es la suprema liberación del dolor y de las penas a través de la transformación de todas las cosas, el camino hacia la evolución, la desmaterialización. Esta transformación puede ser traumática si nos oponemos o nos aferramos a aquello que está acabando, o puede ser un cambio violento, pero deseado, si lo aceptamos como parte de nuestra evolución y entendemos que la muerte es la condición misma de la vida. Desde esta última perspectiva, esta carta simboliza a la muerte en su sentido iniciático de renovación y renacimiento. Si tuviésemos que personificarla, esta carta representaría a una persona solitaria que vuelve a armar y a componer una existencia completa tras un gran dolor.

Después de que Camargo se enterase del diagnóstico de la enfermedad que precedería su muerte, comienza a construirse una existencia nueva en su poesía, nos dice Luis Moya. La poesía de Camargo sería la iniciación para un nuevo nacimiento.

Como si le hubiera salido el arcano mayor de La Muerte en una lectura de cartas, su destino se ha manifestado; Camargo lo acepta y, por tanto, escribe. Y escribe, dice Moya, como si su poesía fuera un diario científico: su voz poética se convierte en testigo y observador objetivo de la destrucción y la transformación de su cuerpo. Para aceptar la muerte y lo que esta significa para su cuerpo, además del dolor físico que conlleva, Camargo desea escudriñar esa materia física que va a perder e imaginar su futuro cuando sea parte de la tierra. De ahí que, en poemas como “Pinares”, la pri-

Camargo finalmente, dice Moya, definiría una filosofía sobre el sentido de la muerte en su poesía: un inicio bajo la forma de un final; filosofía que además estaría conectada a todas las alegorías, imágenes y leyendas folklóricas sobre la muerte que conocemos, es decir, a la concepción esencialmente humana que hemos construido sobre la muerte.

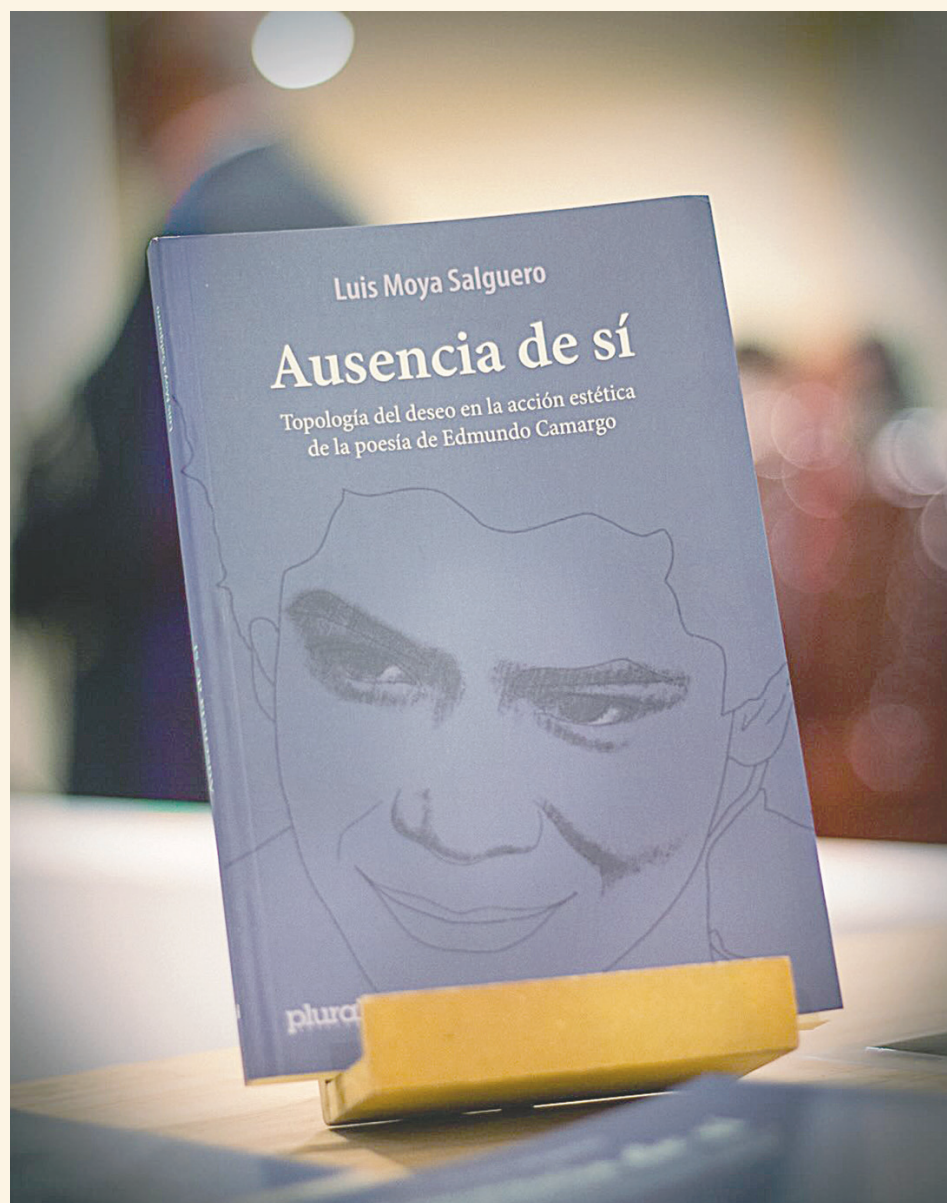
De este modo, como el poeta que es, Camargo dice en su poesía lo innombrable, hace hablar al cuerpo que avanza en su destrucción y a la misma muerte.

Sobre decir lo innombrable, hay algo que

que la primera edición de su obra parece tener la notable intervención de un tercero. La segunda edición es la de otro poeta, Eduardo Mitre, que, ante la edición (tan editada) de Suárez, tiene la intención de restituir los poemas de Camargo tal como él los habría dejado, y para lograrlo se basa en los manuscritos que guardara su viuda. En una nota a pie de página, Moya todavía nos aclara que Cachín Antezana cuenta en una entrevista que Camargo le habría pedido a su albacea que quemara sus originales después de publicarlos, y Suárez, a diferencia de Max Brod con Kafka, sí habría cumplido su deseo. Esto explica por qué Mitre tuvo que acudir a los manuscritos en poder de la viuda. Y por esta misma razón su intención parece haber fallado, ya que los manuscritos en los que basó su edición no eran precisamente los mismos que Camargo dejara, es decir, las últimas versiones escritas por el autor; entonces, como la edición de Suárez, la suya también se hace discutible.

Entre ambas ediciones, al final, hay una especie de ausencia de Camargo, una imposibilidad parcial de leerlo de manera directa y acabada. Si leemos la edición de Suárez, estamos leyendo a un poeta editado por otro; si leemos la de Mitre, estamos ante un poeta que todavía no ha acabado de corregirse a sí mismo, que aún está en proceso de creación. En la obra que podemos leer hay un vacío que corresponde al mismo Camargo.

Lo fascinante de pensar en la historia de la obra de Camargo es comprobar cómo se ha hecho parte de lo que podemos llamar *la eternidad macedoniana*. En el prólogo final de su novela *Museo de la novela de la Eterna*, Macedonio Fernández invita al lector a enmendarla, a que quite, añada y cambie lo que mejor le parezca de su novela. El poder de la muerte en Macedonio no es tal porque a través del arte se puede alcanzar la eternidad, a través de ese gesto del lector-editor que quita, añade y cambia, es decir, continúa la obra. Así, el autor y su obra tendrán tantas vidas como lectores. En las dos ediciones mencionadas la poesía de Camargo se ha transformado, tal como deseaba e imaginaba su voz poética, porque ha continuado naciendo en sus lectores, primero Suárez y Mitre, después Luis Moya y nosotros. Y continuará en nosotros porque la ausencia de sí mismo en su propia obra lo mantiene y lo mantendrá como un enigma. El libro de Luis Moya nos lleva a releer la obra de Camargo con nuevas preguntas sobre la muerte, la creación y el poder de la poesía.



mavera no sea precisamente una época de nacimiento, sino de metamorfosis, de transformación; cuando la primavera es voraz y se alimenta de los cadáveres diseminados en la tierra que están esperando su llegada. Su poesía, entonces, se convierte en una fuente de conocimiento de aquello que no puede ver: el interior de su cuerpo enfermo y, más allá de él, de su muerte. La voz poética de Camargo imagina su muerte y a fuerza de imaginar comienza a descubrir la ausencia de sí misma en el mundo. Y sobre esta ausencia, imagina y construye su renacimiento material más allá y más fuerte que el cuerpo enfermo que se consume mientras escribe.

se hace especialmente notorio en la obra de Camargo. Como editora, no he podido dejar pasar una aclaración importante que Moya hace en la introducción de su libro con respecto a las ediciones existentes de la poesía de Camargo.

Hasta ahora las ediciones son tres, que pueden resumirse en dos. La primera es la edición de su albacea, el también poeta Jorge Suárez, que, según dicen los críticos, edita la poesía de Camargo en el sentido más puro de la palabra editar. Suárez añade, quita y cambia versos, e incluso títulos, y decide ordenar los poemas de manera temática, pues Camargo no los habría dejado con un orden establecido. Esto significa

# Doncel Roland llegó a la oscura torre

Robert Browning

El poeta, ensayista y traductor Gary Daher Canedo, nos ofrece su versión del famoso poema, escrito en 1852  
“Childe Roland to the Dark Tower Came”,

1  
Lo miré y pensé: miente todo el tiempo.  
Viejo lisiado y mira malicioso observando  
suspica su mentira  
en la mía, y la boca reprimiendo  
la risa que afilaba ya su filo  
por otra víctima más conquistada.

2  
¿Qué más probaría, bastón en mano?  
¿salvo acechar, timar con sus mentiras  
a todo viajero que allí pregunte:  
«¿el camino? ¿por dónde es muy seguro?»  
qué risa de calavera estallara  
y su muleta trace mi epitafio.

3  
Si por su consejo me desviara  
al siniestro trecho, y todos coinciden,  
que la torre en sombra oculta. Aceptando,  
me volví como él indicó; ni orgullo  
ni esperanza renacida vislumbé,  
ni el alborozo de algún fin posible.

4  
Porque, con todo mi errar por el mundo,  
de larga busca por años, mi anhelo  
se ciñó a un fantasma incapaz de lidiar  
la alegría estridente del triunfo, —  
ya no intenté reprimir el impulso  
que el corazón dio al prever fracaso.

5  
Como enfermo a punto de morir  
ya se ve muerto, y siente el llanto ir  
callar. Se despide de cada amigo  
y oye decir a uno: salud afuera  
("ya todo ha terminado", dicen  
"y ningún dolor repara el golpe atroz").

6  
Mientras algunos discuten si habrá  
espacio bastante junto a otras tumbas  
y cuándo conviene llevar el cadáver  
con cuidado de estandartes y bastones,  
y el hombre oyendo todo, anhelando  
no herir tan tierno amor y quedarse.

7  
Había sufrido tanto en la busca.  
Oír profetizar siempre fracaso  
tantas veces inscrito entre "La Banda"  
los que a la Torre oscura iban en busca,  
que fracasar parecía lo mejor  
y ahora la duda era: ¿estaría listo?

8  
Así me fui, mudo, asaz abatido  
al camino del odioso lisiado  
hacia el sendero que él indicó. El día  
fue, en el mejor caso, tenebroso  
y ya al ocaso, mi mirada sombría  
iba fiera a la tramposa llanura.

9  
¿Por cierto! Apenas me encontré obligado  
con la llanura, tras un par de pasos,  
cuando, girando una última mirada  
al camino, nada, apenas gris erial  
solo llanura hasta el horizonte.  
Seguía el yermo; ¿qué podía hacer?

10  
Así que seguí. Nunca había visto  
naturaleza tan hambrienta y seca:  
Si hubiera flores, bosques de cedros  
Pero, según ley, la berza y la euforbia  
podrían propagarse sin temor.  
Un abejorro habría sido una joya.

11  
¿No! Penuria, inercia y mueca, el suelo  
se mostraba allí de extraña manera  
"Mira o no", dijo la tierra irritada  
"No hay nada que hacer: ayudar, no puedo:  
El fuego del Juicio sanará el lugar,  
calcinará terrones y soltará a los míos."

12  
Si hendido tallo de cardo se alzaba  
sobre sus pares, se cortaba; sino  
celos herían a los doblados.  
¿Y esas bocas y rajas en los muelles  
sin esperanza fiel de verdor? Torpe  
alguna bestia aplasta así su vida.

13  
Y la hierba escasa como un cabello.  
En lepra fina, hojas secas punzan  
barro amasado como sangre negra.  
Caballo ciego, rígido, en huesos  
residía atónito, ¿cómo llegó allí?  
¿Expulsado, vil semental del diablo!

14  
¿Vivo? Según se ve, el rocín muerto  
rufó marchito y cuello hundido, tenso.  
Cerrados ojos bajo crin rojiza.  
Raro grotesco junto a tanta pena:  
nunca vi a bestia así tan repulsiva...  
malvado ha de ser para tal dolor.

15  
Cerré los ojos hacia el corazón  
como pedir vino antes de la lucha  
trago de visiones horas felices  
antes de cumplir con mi papel.  
Piensa luego lucha: arte del soldado:  
El sabor de otros tiempos lo cura.

16  
¿No! el enrojecido rostro de Cuthbert  
bajo su adorno de rizado oro  
mi amigo, casi lo sentí doblar  
un brazo en el mío sujetándose,  
de esa manera solía. ¡Ay! ¿qué noche!  
Se apagó el nuevo fuego del pecho.

17  
Giles, entonces, el alma del honor.  
Franco hace años noble primerizo  
¿Qué hombres dignos (dijo) se atreverían?  
¿Y él? cambiada la escena: ¿Qué verdugo!  
¿Pergamino al pecho? Sus propias manos.  
¡Léelo! ¡Pobre traidor escupido!

18  
Mejor este hoy recio que un antes así—  
De vuelta, pues, a mi oscuro camino.  
Ni ruido, ni vista a la lejanía  
¿traerá la noche búho o aullido?  
Pregunté: cuándo algo en la huesa llanura  
vino a torcer ideas en su rumbo.

19  
Un regato cruzaba mi camino  
inesperado como una serpiente.  
No hay marea lenta afín a la sombra—  
baño sería a la pezuña ardiente  
espumoso para el demonio, viendo  
la ira del negro remolino en copos.

20  
¿Tan mezquino y rencoroso siempre!  
Exiguos alisos se le postraban;  
Saucos lanzados al agua en ataque  
de muda ansiedad, multitud suicida:  
el río que les había hecho daño  
fuera lo que fuera, pasó de largo.

21  
Y, vadeándolo, —Dios, ¡cuánto temía  
pisar la mejilla de un muerto, al paso  
o sentir la lanza buscando huecos  
enredada en el pelo o barba!  
—Tal vez haya sido una rata de agua  
pero, ¡uf!, sonaba llanto de bebé.

22  
Me alegré al llegar a la otra orilla.  
¿Ahora a un país mejor! ¿Vano presagio!  
¿Quiénes luchaban? ¿qué guerra libraban?  
¿De quién era el pisoteo bárbaro  
sobre humedad? Sapos envenenados  
o gatos salvajes en jaula ardiente?

23  
Así como una lucha atroz de circo  
¿Qué los retenía si estaba abierto?  
Ninguna huella guiaba a esa cuadra atroz  
Nada. Estaban drogados. Sus cerebros  
sin duda, galeotes turcos, pozos  
del juego: Infieles contra cruzados.

24  
Más que eso, un furlong adelante  
¿De qué mal uso era esa rueda o freno  
máquina, no rueda: grada que gira  
para desenrollar cuerpos cual seda?  
ingenio de Tofet abandonado  
sin afilar sus dientes oxidados.

25  
Luego vino tierra abierta, antes bosque,  
luego pantano, al parecer, ya tierra  
desesperada (así un tonto se alegra  
hace algo y luego lo echa a perder, su humor  
cambia y se va) dentro de un charco, arena,  
lodo, absoluta y negra penuria.

26  
Ya manchas fuertes, color gris y gayo,  
ya zonas donde flaqueado algo el suelo  
se rompía en musgo o forúnculos;  
después un roble tieso y hendido  
como boca deforme parte el borde  
boquiabierto ante muerte, muere al huir.

27  
¿Y tan lejos como siempre del final!  
Nada en la distancia, la tarde, nada.  
¿Norte de mis pasos más allá!, pienso,  
Mas negra ave, sierva de Apolión  
pasó volando, sin batir alas de dragón  
roza mi cofia; acaso era el guía.

28  
Porque, al levantar la vista, me di cuenta:  
pese al ocaso, el llano se ha tornado  
en montañas, démosle ese nombre  
horribles alturas, viles montones.  
¿Cómo pudieron sorprenderme! Dilo.  
Cómo huir de ellos no era claro.

29  
Sin embargo, me pareció una burla  
de una travesura, Dios sabe cuándo.  
¿En una pesadilla? Terminó aquí  
el seguir por este camino. Cuando  
al rendirse otra vez, suena clic  
como trampa que se cierra: ¡Estás dentro!

30  
De pronto sentí arder totalmente  
¿Este era el lugar! Esas dos colinas  
agazapadas cual toros de pelea.  
Y a izquierda, el pico sin cabeza. ¡tonto!  
insensato, dormitar justo ahora mismo  
tras una vida entera entrenándome.

31  
¿Qué había en medio sino la Torre?  
la torre baja y redonda, ciega.  
Hecha de piedra parda, sin réplica.  
El duende del temporal señala  
al marinero el banco no visible  
que hiere cuando crujen las maderas.

32  
¿No lo ves? ¿Es de noche? —¡Pues, de día!  
¿Volví por eso! Antes que se retire  
ocaso enfermo ardió por una grieta.  
Las colinas yacían cual colosos—  
barbilla en mano: presa cercada—.  
"Ahora apuñala, acaba ya, de un golpe.

33  
¿No oíste? ¿El ruido integral? Resonó  
creciendo cual bronce. Nombres oídos,  
de todos los errados, mis iguales  
Cómo tal era fuerte, y tal audaz,  
tal era fausto, pero cada viejo  
¡Perdidos! Un rayo alzó el duelo de años.

34  
Allí estaban, en filas, reunidos  
para contemplar lo último de mí  
un marco vivo al borde del derrumbe.  
Los vi y los reconocí. Y, sin miedo  
alcé a mis labios el cuerno y soplé:  
«Doncel Roland llegó a la oscura torre».

# La Bolivia que intuyó Rubén Darío

José E. Pradel B.

El poeta y escritor nicaragüense no escribió un poema dedicado a Bolivia, no circuló por sus calles coloniales de Chuquisaca o Potosí, ni se asomó a su imponente altiplano o conoció las ricas tierras de sus valles o llanos. Sin embargo, la Bolivia profunda no le fue ajena y le dedicó una significativa descripción.

Bautizado por el poeta francés Paul Fort como el 'Príncipe de las Letras Castellanas', Rubén Darío nació en Metapa, el 18 de enero de 1867 y falleció en León (Nicaragua), el 6 de febrero de 1916. Considerado el máximo representante del modernismo literario de la lengua española, ejerció además como diplomático, cultivando amistad con destacadas figuras de la literatura boliviana, como Ricardo Jaimes Freyre, con quien redactó en 1892 en Buenos Aires la 'Revista Latina' y dedicó al diplomático boliviano Ascarrunz el célebre poema intitulado 'Á Moisés Ascarrunz y por sus hermanos muertos en el campo de batalla', incluido en el libro 'La revolución liberal de Bolivia y sus héroes', publicado en Barcelona en 1899.

De esta manera, difundimos un valioso texto de Darío, publicado originalmente junto a otros once escritos de autores bolivianos y extranjeros en el libro 'El Hombre y el Paisaje de Bolivia', compilado y editado en 1941 por Raúl Bothelo Gosálvez, entonces director del Departamento de Cooperación Intelectual del Ministerio de Relaciones Exteriores de Bolivia. Este texto fue posteriormente reeditado en la segunda sección del periódico 'La Razón', el 22 de febrero de 1942, así como en la segunda edición del mencionado libro, publicada como parte del primer volumen de la Biblioteca del Sesquicentenario de la República por la Dirección General de Asuntos Culturales del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, también bajo la responsabilidad de Bothelo, en 1975.

## Bolivia desmesurada

Potosí, antaño, era nombre de fábula, -Cólquida, El dorado, Ofir- de la fábula estúpida que impregna de su luz maravillosa todo el Ciclo del Oro. Fue en una tierra de entrañas de oro donde Manco Capac iniciara una civilización; donde las gentes de España destruyeron el imperio incásico e implantaron su dominio en el alto y bajo Perú; donde Sucre consagrara a Bolívar el país nuevo que formara después de la victoria de Ayacucho.

Es hoy tan sólo un recuerdo Potosí; mas Bolivia sigue siendo uno de los países más llenos de riquezas de todo el continente americano. País, como todos los hispanoamericanos, encendido tantas veces por revoluciones y luchas entre hermanos del propio territorio y de su vecindad, ha sufrido las inevitables fiebres del crecimiento.

"Bolivia -decíame un boliviano de talento y carácter- es el país de los contrastes". Y agregaba a tal afirmación: "Su topografía, su clima, sus

producciones, sus monumentos y sus habitantes, constituyen un conjunto de elementos tan heterogéneos, que no parecen que formaran parte de una sola nación. Quien ha viajado, no sólo por una sola región de Bolivia, sino por todo se territorio, no puede menos de quedar pasmado ante la multiplicidad de cuadros, a cual más inconexos y curiosos, que le presenta este país. Ya se le ve aplanado por enormes mesetas que cansan los ojos con su perpetua monotonía y que ejercen en sus moradores una acción achatante que les singulariza por modo muy particular; ya está erizada por complicadas serranías y cordilleras, cuyos colosales picachos guarnecidos de eterna nieve, parecen gigantes embozados en túnicas imperiales de armiño, que contemplan en actitud monolítica la sucesión de los siglos; ya está horadada de valles profundos y sinuosas quebradas, donde se ven mil accidentes del terreno como las proyecciones de un cinematógrafo; ya bordado de praderas y selvas inmensurables, en cuyo seno bulle una vida activa y desbordante; ya está bañado por ríos larguísimo y lago misteriosos como el lago Poopó y el legendario Titicaca, que guarda la poética tradición de los Hijos del Sol. La primera vez que recorrí Bolivia de extremo a extremo, me pareció ir por un país de ensueño. Viéndome en la árida región que mira al Pacífico, y ascendiendo a la altiplanicie andina, sentíame hastiado por la uniformidad del panorama que se desarrollaba ante mis ojos. Aquella sábana terrosa con un aspecto sepulcral, su frío, sus brumas, sus espejismos, sus pajonales y su silencio, se me antojaba detestable. Como el navegante que en alta mar no ve más que agua y cielo, yo, perdido en aquel océano de tierra, no veía más que la inmensa bóveda azul volcada sobre la inmensa llanura sin color. No se divisaba ni un arbusto. Yo deseaba ver cuadros más variados. Tenía la nostalgia de los árboles. La desnudez de la pampa, su serenidad, su quietud, su mutismo, infiltraban en mi espíritu un sentimiento de mortal desaliento. Aquella era una región exánime, maldita. Era la tristeza hecha tierra. Era la petrificación de la inercia y de la austeridad. ¡Y bien! Poco después me hallaba en el otro extremo de Bolivia. Estaba, según mis deseos, en la región de los árboles. ¡Qué árboles! Ahora eran gigantes vegetales sembrados en el suelo, como soldados en ejército sin fin, los que formaban sobre mi cabeza una bóveda verde y fresca, bajo la cual caminaba semanas, días, meses. Ahora, ya más perspectivas limitadas y aburridas. Yo habitaba en palacios pletóricos de verdor y de perfumes. Y ya no me deprimía el ambiente de la pampa agria y sedienta. Los árboles, el suelo, el agua y el aire, eran hervideros de seres, laboratorios de energía, campos de una batalla fenomenal. Y de los árboles, del suelo, del agua y del aire, brotaba sin descanso la sinfonía intraducible de una vida



Rubén Darío

fastuosa y triunfante. Pero al cabo, esto también me cansó. El árbol dominador, desmesurado, omnipotente, llegó a causarme empacho. Me hallaba como en una suntuosa presión. Deseaba que mi vista se explayase en horizontes más amplios, como los del Altiplano. Y tuve la nostalgia de la pampa. Y si antes ésta me había hastiado con su aire de tierra muerta, ahora sentíame también fatigado con el derroche de vida que veía en mí alrededor. ¿Pero cómo escapar? Este mar de verdura se extendía hasta el otro mar, hasta el Atlántico.

"Después visité otros puntos de Bolivia. Navegué durante largas temporadas por sus interminables ríos, descendí a sus hondos valles y trepé a sus vertiginosas cordilleras, y en todas partes continué admirando lo variado y caprichoso de esta tierra extraordinaria. Todo se opone en Bolivia; las ubérrimas tierras calientes al desierto Altiplano; el frío al calor, lo bello a lo deforme, lo miserable, lo miserable a los rico. Sus mismos habitantes. El bravo y feroz aymara es distinto del quechua apacible; y ninguno de ellos es asimilable al bárbaro del Noreste o del Oriente boliviano. Y aun prescindiendo de los tipos autóctonos, en el mismo elemento criollo se notan profundas diferencias, como si en él estuviesen marcadas las anfractuosidades y relieves de su suelo desigual. Las poblaciones constituyen verdaderos extremos. Santa Cruz, ciudad tropical situada apenas a algunos cientos de metros sobre el nivel del mar con sus color de zona tórrida, bordeada de una vegetación lujuriosa y poblada de tipo marcadamente español, es muy diferente de Oruro, población de clima siberiano, construida en medio de un desierto, a miles de metros de altura, y con habitantes en que predomina el tipo indígena. Escalonemos entre estos dos extremos las demás poblaciones bolivianas, y aun así se dará una idea neta de su variedad. Potosí es un pueblo encaramado sobre una gran serranía, y parece estar trepando al cono gigantesco de plata y estaño, que fue el asombro del mundo. La Paz, al contrario, está hundida en una hoya, y al verla del borde del Altiplano, hace la impresión de una ciudad acarreada en masa por un inmenso aluvión, al fondo de un precipicio: y el viajero se admi-

ra de que a nuestros antecesores se les hubiese ocurrido ir a edificar la ciudad más populosa de Bolivia en aquel estúpido agujero. A veces hasta en un mismo sitio, hay aglomeración de elementos incongruentes, superposición se junta con lo actual. Lo gigantesco e imponente se codea con lo pequeño y vulgar. En Tihuanaco, la humilde choza del indio, está adosada a monumentos colosales, extraños, inmemoriales, obra de una civilización desaparecida. Todo, pues contribuye a hacer de Bolivia un país lleno de curiosidades y rarezas. Hasta en su historia se ve la desproporción y la incoherencia. Su advenimiento a la vida nacional fue extraordinario. La misma guerra de la independencia que le precedió, se caracteriza por el desconcierto con que obraban sus caudillos. Nadie se subordinada a un solo plan regular y fijo. Todos obraban por su cuenta y riesgo. Y sin embargo, con elementos tan variados, se ha formado esta nacionalidad. He aquí la razón de que Bolivia sufra mayores dificultades que otras naciones para llegar a su definitiva constitución. El trabajo de integración de sus diversos componentes está aún por hacerse. La unificación de Bolivia, empezando desde lo físico, es más difícil que en otros países de estructura más homogénea y sencilla. Esos países con amplia salida al mar; y que constituyen agregados a los que es fácil el acceso de la ola migratoria, de la industria y del comercio, es lógico que se adelanten a este pueblo mediterráneo, que metido entre sus montañas, pampas y selvas de corte gigantesco, tiene que desarrollar una suma de esfuerzo mayor, proporcionalmente, que aquéllos para ir por el mismo camino. En realidad, es más bien sorprendente que este país, hecho con elementos telúricos y humanos tan contradictorios, aún se mantenga en pie. Quiere decir que acaso posee energías latentes, aunque dispersas, que le sostienen. Falta que esas energías se fundan y formen un solo bloque, capaz de ejercer una acción virtual fija. Hasta entonces la nación había parecido. Porque, al presente, valga la verdad, ella no existe en forma categórica y definitiva, como no existe en otros países, que no son sino conglomerados informes de cosas y de hombres que se rechazan, o ni siquiera se conocen. Bolivia sufre las consecuencias de la disparidad de sus factores étnicos y de la complejidad de sus condiciones geológicas. Es un pueblo aún no acabado de formar; y sólo el día en que haya realizado un trabajo de aproximación efectiva, de simpatía honda de sus componentes, habrá cumplido el ideal de los que la erigieron nación una, libre y soberana. Hay que decir que para eso se requieren varias condiciones. Desde luego, un buen vínculo de hierro que haga juntar el árbol con el yermo, la cordillera con la pampa, al aymara con el guarayo. Este día se acerca". Tales conceptos y de quien conoce palmo a palmo su tierra, concluyen con una voz de esperanza. La opinión

del doctor Jaime Mendoza está confirmada por la realidad actual. Bolivia progresa y se vigoriza; y están ya muy lejanos los tiempos de revueltas y satrapías famosas. Hombres de empresas prácticas y trabajadores de cultura se preocupen en la suerte de la patria. A la decadencia tan eficazmente expuesta en un libro cauterizante de Alcides Arguedas, libro aplicable, no solamente a Bolivia, sino a la América hispano-parlante, y en muchos de sus capítulos a todas partes, a la decadencia, ha sucedido una actividad salvadora, una reacción de vida. "Hoy -dice el mismo Arguedas-, una nueva generación forjada al calor de generosos ideales, decepcionada del poder de las revoluciones, escéptica del prestigio popular de los caudillos, llena de bríos, generosa, preparada, idealista, surge". Así se complicarán mejor las palabras del acta de la Independencia, que dicen que: "los departamentos del Alto-Perú protestan a la faz de la tierra entera, que su resolución irrevocable es gobernar por sí mismos". Tal ha sido el espíritu de adelanto en paz y libertad, que ha animado a los últimos gobernantes de Bolivia.

La mentalidad boliviana ha tenido siempre brillos, y varones de saber y de armonía han descollado desde los tiempos de la docta y pretérita Chuquisaca. Como en los tiempos de España brillaron Calancha, Escalona, Acevedo y tantos más, han animado luego las patrias letras, los Bustamante, Sanjines, Terrazas, Blanco, Cortés, Vaca Guzmán, Ramallo, Mujía y muchos más.

Conocida es la notoriedad de los Aspiazú, los Ballivián, Baptista, René Moreno, Diez de Medina, Pinilla, y más que formarían una larga lista. Yo he tenido oportunidad de conocer a bolivianos de tanto vales como Julio Lucas Jaimes, caballero de antaño, ingenio de pura cepa clásica y colonial; a su hijo Ricardo Jaimes Freyre, mi brillante amigo en las primeras luchas de renovación literaria en Buenos Aires, noble poeta y rico de saberes amenos; a Francisco Iraizós, llenos de discreción y de cultura; a Moisés Ascarrunz, diplomático, cuyos mejores amigos fueron en España los poetas; a Franz Tamayo, cuya viril juventud está llena de sapiencia; a Arguedas, que va por el camino de los triunfos; a Joaquín de Lemoine, soñador y práctico, buen servidor de su país; al doctor Jaime Mendoza, en quien se revela en nuestro continente un nuevo y distinguido Gorki.

El ferrocarril conquista el territorio nacional. Europa se acerca. El progreso entra por el Pacífico y por Buenos Aires. Se cuida de los bosques. Se hace oro. Se rehace patria. Se va a buen paso al encuentro del porvenir.

# Rastros y rostros de obreros chilenos en minas bolivianas

Lupe Cajías

La presencia de ciudadanos chilenos en las minas ubicadas en territorio boliviano, en la última centuria, es un asunto ampliamente estudiado. En muchos casos se publicaron datos de empresarios o de capitalistas que por lustros fueron dueños de socavones, principalmente en el sureño departamento de Potosí (Catavi) o en La Paz (Corocoro). En otros, se investigó la relación de trabajadores chilenos en interior mina o en ingenios en diferentes momentos de la historia de la minería boliviana. También existe abundante bibliografía sobre las idas y venidas de obreros de uno u otro lado de la frontera convocados o expulsados por las empresas salitreras en Iquique, en el norte chileno.

Oruro y Cochabamba son nombres de ciudades bolivianas que aparecen frecuentemente en la documentación sobre los pampinos.

Hay información sobre los ferroviarios chilenos y bolivianos (también peruanos, argentinos y españoles) en las empresas que tenían esa triple representación británica, chilena y boliviana. Existen archivos inéditos sobre el Ferrocarril Arica La Paz que detallan las dificultades para cumplir la legislación laboral en una entidad que pasaba de un país a otro con trabajadores de varios orígenes (Cajías, Lupe. Ferrocarril Arica La Paz, documentación legal 1916-1919, 2024, fichas inéditas. Salluco Sirpa, Teodoro. La construcción del ferrocarril Arica-La Paz (1904-1913), (2016).

Las biografías de mujeres chilenas en Potosí asomaron en novelas. La más famosa sin duda es la obra del diplomático boliviano francés Adolfo Costa du Rels: "Los Andes no creen en Dios" (Planeta, 1973), convertida en guion cinematográfico en 2007 para la película que dirigió Antonio Eguino.

Algunos de los datos sobre bolivianos que trabajaron en las salitreras fueron publicados desde hace más de tres décadas. Más de 12 mil bolivianos habitaban la pampa al inicio del siglo XX (11% de la población) (Medina et al, 1997, p. 95). "Llegan pampinos del norte chileno con sus ideas anarquistas y marxistas; quieren causar revueltas entre los mineros", apuntaba un periódico en 1914 (Cajías, Lupe. 1987, p. 42).

"Fue en Tupiza, en Oruro, en Potosí, en Uyuni, donde entre 1905, 1907 y 1908 se fundaron sociedades de socorro mutuo, uniones obreras y otras organizaciones proletarias ya con influencia marxista, socialista, anarquista. No solo eran los tradicionales artesanos, sino ferroviarios y, sobre todo, los mineros. Más tarde, se organizaron sociedades en La Paz, Cochabamba, Tarija. Varios de esos grupos tenían a su vez un "pasante", relacionando la rebeldía con el baile al santo patrono. (...) "El elemento extranjero no es ajeno a estas inquietudes, los residentes chilenos en Oruro, dirigidos por Carlos Pobrete, Guillermo Febini y Donoso Carvalho se organizan en 1912 en la "Sociedad Chilena de Socorros Mutuos", igual que los eslavos Franichevis, Garafulic y Ostojik que organizan, por su parte, una sociedad eslava similar" (Delgado, 1984, pp. 55 y ss.).

En 1918 se dio la primera masacre contra obreros en Uncía. Luego de la balacera por la marcha recordatoria del Primero de Mayo, el comandante del batallón, Mayor José Ayoroa, escribió al presidente Bautista Saavedra pidiendo la expatriación a Arica de los rebeldes Machicado, Soto, Sotomayor y otra decena más que tenían apellidos chilenos. También se acusó al peruano Ernesto Fernández de ser el principal agitador.

"Antes de mayo, no existía idea de federarse entre los obreros", arguyó el militar. También denunció a los extranjeros Franjola y Sapunar. A todos los acusaba de ir sublevando a los campamentos mineros en Oruro, Potosí, Uncía, Llallagua, Chayan-

ta y de tener dinamita y otros explosivos (id., p. 70 y ss.).

La Prensa (27 de marzo de 1919) informó sobre la "repatriación de "nuestros connacionales que trabajan en las cosas salitreras". El periodista opinaba que las empresas debían preferentemente dar ocupación a obreros bolivianos, "por lo menos en un 70 %. (...) En el distrito de Oruro, por ejemplo, tenemos más de diez empresas grandes de minas y en cada una por lo menos hay un 50% de trabajadores extraños al país. Igual cosa ocurre en la empresa del ferrocarril. Y mientras que estos gozan de privilegios y cuentan con el trabajo diario para su sostenimiento y el de sus hogares, los hijos del país sufren miserias y se hallan expuestos a perecer".

El valle cochabambino ofrecía brazos en épocas de descanso agrícola, entre siembra y cosecha y también otras zonas rurales, como muestran las listas de personal existentes en los archivos de la Patiño Mines, la empresa que fundó Simón Patiño.

Acudían estudiantes, desocupados y hombres de capas medias de Sucre, Cochabamba, Oruro.

Las empresas buscaban diversas formas de conseguir esos trabajadores: contratos fijos, contratistas eventuales, enganches. Cada una de ellas tenía sus ventajas y desventajas y es indudable que hasta los años 30, la población era muy fluctuante. A ello se agregaba la preocupación porque los obreros que se trasladaban de uno a otro lugar llevaban también en sus morrales nuevas ideas, socialistas, anarquistas, marxistas, rebeldías, experiencias.

La Prensa (10 de octubre de 1919) difundió durante varios días noticias sobre los disturbios obreros en Uncía y en Llallagua. El redactor aseguraba que los bolivianos eran respetuosos del patrón. "No están contaminados aún del espíritu belicoso que caracteriza a la peonada de los países vecinos; y si los sucesos que comentamos tienen tal gravedad, es seguro que hayan intervenido agentes extraños, imbuyéndoles ideas disociadoras y preparando mañosamente este primer golpe de hecho, que puede repercutir en otros asientos mineros, con funestas consecuencias". Pedía actuar con toda energía contra los "elementos extranjeros expulsados de los estados vecinos."

Las noticias detallaron los hechos de una "huelga convertida en subversión" protagonizada por mineros de La Salvadora que pedían aumentos salariales. El oficialismo culpaba a la "propaganda malsana que ha hecho eco en los mineros de Uncía" y acusaba a la oposición política de aprovechar esas circunstancias.

Tres obreros murieron en los ataques al Ingenio de Miraflores. "El principal instigador, un chileno, se dice que ha fugado, pues que a este se le atribuye la causa de esos disturbios por haber vociferado en forma violenta contra los empresarios" (id., 14 de octubre de 1919).

Esta huelga fue inscrita como el prólogo histórico del movimiento minero boliviano.

La huelga en Uncía de 1923 fue otro momento de tensión entre los trabajadores, las empresas, el gobierno, los militares.

Desde el retorno de los pampinos bolivianos, el arribo de obreros de países vecinos y la acumulación de organizaciones de ayuda mutua desde fines del siglo XIX, se organizaban los embriones de los sindicatos que se consolidarían después de la Guerra del Chaco.

Contreras cita (Nota 88, 1989) que en 1913 había 199 trabajadores chilenos de un total de 4.206 en las empresas de Patiño. José Alejandro Peres y Niguel Costa citan en un documento inédito sobre la historia de la minería boliviana a Roberto Querejazu Calvo (1978, p. 175) y a Antonio Mitre (1973, p. 231) sobre la llegada de trabajadores peruanos y chilenos en diferentes momentos.

Por su parte, Gustavo Rodríguez en su clásico texto sobre el sindicalismo minero (1991, p. 72) "No pocos de los que contribuyeron en aquellos años a forjar la cultura minera contestataria vinieron evidentemente de un medio exterior a los trabajadores mineros; mas no del movimiento obrero. No eran, pues, parte de la *intelligentsia* urbana de clase media; en cambio, mayoritaria-

mente pertenecían al mundo del trabajo. Había artesanos, como el carpintero Guillermo Gamarra, presidente de la Federación Obrera Central de Uncía (FOCU), quien perteneció al Centro Obrero de Estudios Sociales (La Paz) antes de empezar a trabajar en la mina La Salvadora de la Patiño Mines, mineros chilenos como N. Bravo, a quien el fiscal Enrique Mallea, que levantaba diligencias sobre los motines de Pulacayo de julio de 1921 en los que participó Bravo, atribuía haber dicho que el obrero boliviano iría pronto a la anarquía, peruanos como Ernesto Fernández (...) y otros obreros y artesanos bolivianos que ayudaron a organizar las federaciones obreras en la década de los 20.

Entre 1930 y 1935, aumentó la presencia de obreros chilenos y peruanos.

Especialmente esto se dio durante la Guerra del Chaco (1932-1935), cuando cientos de obreros y empleados fueron reclutados como reservistas. Patiño trajo 1.832 chilenos y peruanos para reemplazarlos, aunque la estabilidad laboral fue precaria en interior mina y en los ingenios.

Según una nómina, en 1934 trabajaban en Llallagua (la principal mina de Patiño) 516 chilenos, 565 peruanos y 644 cochabambinos. Patiño ofrecía salarios más altos y una mejor pulpería, pero las condiciones de trabajo eran difíciles y la vivienda era precaria, a pesar de los esfuerzos por mejorar el campamento de Siglo XX. Había una rotación permanente (Contreras b, p.10).

En Catavi, el chileno Miguel Terán ayudó al aimara Pedro Ajuacho a organizar la gran protesta de diciembre de 1942, que terminó en una masacre en la pampa cercana a los barrios de empleados.

Ajuacho fue apresado y luego liberado durante el Gobierno de Gualberto Villarroel en 1946. De Terán no tenemos más datos, aunque viejos mineros recordaban a colegas chilenos en la mina de Siglo XX (Cajías, 1987).

A continuación, intentaremos poner nombre y apellido a algunas de esas cifras. Lourdes Peñaranda Morante, encargada del Archivo Regional Catavi del Archivo Histórico de la Minería Nacional de COMIBOL, Catavi-Llallagua-Norte Potosí, publicó una investigación sobre los "Documentos Secretos en la Patiño Mines & Enterprises Consolidated (Incorporated). (Archivo Regional Catavi, dependiente del Archivo Histórico de la Minería Nacional de la COMIBOL).

Ahí relata el hallazgo de hojas sueltas de tamaño carta con el membrete al lado izquierdo: "P.M. & E.C.I.-Llallagua"; al lado derecho: "FORM. G. 133"; y, al centro, se identifica un número de folio. Cada hoja contiene una fotografía de 3,5 cm de ancho y 5 cm de alto. Cada trabajador tenía un número asignado para acudir a la pulpería, para recoger lámparas antes de ingresar al interior de la mina y devolverlas al salir y para la atención médica.

"En la parte inferior se lee el motivo por el cual fue despedido y la prohibición de su retorno a la empresa. Asimismo, se lee los nombres del padre y la madre del trabajador, el oficio que tenía, el lugar de nacimiento y la fecha de retiro."

Existen 297 nombres de obreros entre 1927 y 1938.

"Otro dato interesante es la procedencia de los trabajadores, en las 297 hojas sueltas o fichas, identificamos que los obreros provenían de otros países, como Chile, Perú, y de otros departamentos de Bolivia, como Cochabamba, La Paz, Oruro, (Chuquisaca) Sucre, sur y norte de Potosí."

Varios trabajadores fueron despedidos por "agitadores", "subversivos"; "retirado por federado"; "no puede volver a la empresa"; "retirado por orden de las autoridades militares"; "por robo de dinamita".

"1. Retirados por ser parte de la huelga del 6 de septiembre de 1930 (89 obreros); 2. Retirados por federados y por participar de la huelga del 2 de junio de 1932 (29 obreros); 3. Retirados porque protagonizaron protestas el 1-2 de marzo y 14 de abril de 1937, alrededor de las pulperías de Cancañiri y Siglo XX. Además, en estas dos protestas algunos fueron retirados, porque participaron sus

esposas y/o madres."

Por ejemplo, Celestino Baina Morales, con número de archivo 9142. En la parte inferior de su fotografía, se lee: "Incluido en la delegación de los huelguistas de fecha 6 de septiembre de 1930. Prohibido su reingreso a la empresa. Padre: Nicanor Baina, Madre: Manuela Morales. Oficio: Labrador. Lugar de nacimiento: Itapaya (Cochabamba) Fecha de retiro: 6 de septiembre de 1930"

Es un mismo formato y contenido se observa en las hojas sueltas o fichas, por la huelga del 6 de septiembre de 1930. "Se han identificado 39 fichas con nombres de obreros despedidos por federados. Se entiende que estos trabajadores fueron parte de la Federación Obrera Central de Uncía (FOCU), fundada el 1 de mayo de 1923".

La empresa ya había elaborado una "lista reservada" en 1927. Ejemplo:

*Juan de Dios Barrientos Ugarte, Retirado por federado; prohibido su reingreso a la empresa. Padre: Policarpio Barrientos, Madre: Trinidad Ugarte. Oficio: Mecánico. Lugar de nacimiento: Oruro. El año 1927 fue retirado por orden de las Autoridades Militares (Hombre muy Peligroso).*

De acuerdo con la información registrada en las fichas, la Patiño despidió a 29 obreros por haber participado en la protesta del 2 de junio de 1932. En una ficha se lee: *Eustaquio Limache Rojas, despedido por agitador; tomó parte en la protesta del 2 de junio de 1932, prohibido su reingreso a la Empresa. Padre: Mariano Limache, Madre: Tomasa Rojas. Oficio: Picapedrero Perforista. Lugar de nacimiento: Oruro, Fecha de retiro: 2 de junio de 1932.*

El 1 y 2 de marzo de 1937 hubo protestas en Cancañiri y Siglo XX, pidiendo la rebaja de precios de pulpería, en las que participaron obreros, sus esposas y madres. Por ese motivo, la "Patiño Mines" despidió a cinco obreros. "Su mujer Eugenia Moya, tomó parte en la agitación en las pulperías de Siglo XX, el día 1 de marzo de 1937. Asistió como delegada de sus compañeras, a la Gerencia y Subgerencia respectivamente, no puede volver a la empresa". El texto se refiere al esposo, quien no puede "volver" a su fuente de trabajo.

El 14 de abril de 1937, las esposas de los trabajadores, que acudieron a la pulpería de Cancañiri como de costumbre, protagonizaron una protesta pidiendo la rebaja de los precios de los artículos de primera necesidad. En una de las fichas se encuentra registrada la información de esta manera: Serapio Ayala Rocha, Fecha de retiro: 14 de abril de 1937, prohibido su reingreso a la Empresa. "La mujer de este obrero; Sinforosa Flores, con actitud amenazante obligó a sus compañeras a no aviarse, mientras no fueran rebajados los precios en las pulperías. Fue insolente ante el señor subprefecto y el jefe de pulperías señor Félix D. Tejada, durante el tumulto del día 14 de abril de 1937 en la pulpería de Cancañiri".

Entre los despedidos encontramos fichas de trabajadores chilenos. No existen datos si ellos siguieron en la población civil, si tenían esposa o compañera, hijos, alguna familia. Una rápida consulta a personas de Llallagua con conocimientos históricos de la población no trajo novedades. Aparentemente no hay actualmente descendientes de obreros chilenos.

Sería interesante lograr que algún familiar identifique a su abuelo o bisabuelo en estas fotografías seleccionadas en las hojas encontradas en el Archivo de la Patiño Mines en Catavi.

Los obreros bolivianos y chilenos estaban hermanados frente a la gerencia que decidía echarlos y es seguro que compartieron huelgas, protestas, demandas. El robo de dinamita, sin duda, estaba relacionado más con acciones políticas que con delitos comunes. Es importante notar la intervención de autoridades militares para justificar la prohibición que estos "hombres peligrosos" (re) ingresen a cualquier dependencia de la Patiño.

¿Qué pasó con los chilenos expulsados? ¿Salieron de las minas? ¿Volvieron a su lugar natal? ¿Buscaron trabajo en otros lugares dentro de Bolivia?

La Paz, octubre 2024